

Prólogo a la primera edición

El vuelo de las letras

Tal como lo registra el *Sefer Yezirah*, un texto hebreo del siglo vi, Dios creó el mundo con diez números, que alumbraron las cosas abstractas, y veintidós letras, que dieron vida a los seres reales. De ahí que en la tradición judeocristiana el universo haya sido concebido de manera persistente como un libro compuesto de números y letras.

Alanus de Insulis enseñaba en la Edad Media que cualquier criatura es un libro en el que podemos y debemos leer lo trascendente: «Omnis mundi creatura / tamquam liber et pictura / nobis est et speculum»¹. El maestro Gonzalo de Berceo lo tomó al pie de la letra en su «Introducción» a la narración de los *Milagros de Nuestra Señora*. Se reviste de peregrino que va de romería y que, cansado, encuentra lugar para el reposo en un prado «verde e bien sençido, de flores bien poblado». A partir de ahí su detallada descripción de cuanto percibe y contempla rivaliza con la del mejor miniaturista de un «scriptorium»: por los canales de los cinco sentidos afluyen a su pluma riquezas descriptivas. De pronto, la advertencia:

Sennores e amigos, lo que dicho avemos
palavra es oscura, esponerla queremos;
tolgamos la corteza, al meollo entremos,
prendamos lo de dentro, lo de fuera dessemos.

Con exacta simetría, uno a uno, todos los elementos de la descripción son a partir de ahí puntualmente descifrados: el prado es la Virgen; las cuatro fuentes claras, los cuatro evangelios; la sombra de los árboles... Las letras cantan y cuentan una cosa, pero dicen otra.

1. «Todo lo creado es para nosotros como un libro, una pintura, un espejo».

La tradición permanece viva. Fray Luis de Granada se pregunta retóricamente en la *Introducción del símbolo de la fe* «qué serán todas las criaturas de este mundo, tan hermosas y tan acabadas, sino como unas letras quebradas y iluminadas, que declaran bien el primor y la sabiduría de su autor».

Así, en el discurso religioso. Pero también en el ordinario. Lady Macbeth dice a su marido: «Tu rostro, mi señor, es como un libro en el que los hombres pueden leer cosas extrañas». Y poco antes de morir, Walt Whitman insistía en que

en todo objeto, montaña, árbol y estrella;
en todo movimiento y vida,
parte de cada uno... surgiendo de cada uno...
el significado detrás de lo aparente,
la cifra espera oculta.

Letras cifradas. Otra tradición hebrea, ramificada en varias historias, cuenta que todas las letras del alfabeto le plantearon a Dios cuál de ellas sería la primera. La cuestión encerraba el mayor interés porque se entendía que esa tendría la virtud de crear el mundo, justo por su capacidad de nombrar. Fue *bet* la elegida, sin duda en atención a que con ella comienza el Libro por excelencia, la Biblia: «Bereshit barat Elohim...». *Aleph*, continúa la tradición, era la más humilde de las letras y no solicitó la reeminencia sobre sus hermanas. Complacido Dios de su actitud, le concedió que por ella comenzara su propio nombre divino. Se trata de una letra que no puede ser articulada y que, sin embargo, es la raíz de toda articulación. Por eso comprende a las demás letras y, potencialmente, «incluye toda expresión sobre el universo: es todo expresión» y, en último término, «encierra al universo en sí.»

Lo explica S. Sosnowski a propósito de *El Aleph*, de Jorge Luis Borges. Recordando que en la eternidad coexiste todo el tiempo —pasado, presente y futuro—, cavilaba Borges sobre un objeto que pudiera resumir el universo espacial. En realidad, se estaba planteando, y así lo confesó más tarde, cómo lograr en un relato lo que Walt Whitman había conseguido: «construir un catálogo limitado de un sinfín de cosas». Imaginó entonces una diminuta esfera resplandeciente, de poco más de tres centímetros, que, de manera genial por lo heterodoxo, situó en un sótano cualquiera de Buenos Aires. Es curioso que, tal como demuestra el manuscrito original, el cuento careciera a lo largo de su redacción de título y que el objeto mediador fue-

ra llamado «mihrab», título dado en el Islam al espacio sagrado. Al leer el cuento ya ultimado, Borges, más que bautizarlo, reconoció su nombre, *Aleph*, el nombre que resume la relación de la escritura con el universo.

Las letras inicial y final del alfabeto, alfa y omega (A-Ω), fueron pronto adoptadas como símbolo del principio y fin de la vida creada. En sus *Etimologías* sugirió san Isidoro la circularidad del orbe del alfabeto al escribir: «A et O... O et A... ut ostenderet et initii discursum ad finem et finis discursum ad initium»². Considerando que Dios es alfa y omega, principio y fin de todo, cantaba la liturgia medieval: «A et O, O et A, cum canticis et cithara benedicamus Domino»³. Francisco Rico ha recordado cómo, ligando su destino al régimen de la providencia divina, el Rey Sabio hacía notar en la *General estoria* que su nombre, Alfonso, «según la lengua de España» empezaba por alfa y acababa por omega, lo que le acreditaba como heredero de las dinastías que van desde Júpiter a Federico Barbarroja.

Por no alargarme en este punto, remito al lector interesado al precioso estudio de Yakov Malkiel sobre *La configuración de las letras como mensaje propio*, que puede completarse con los datos que aporta Alberto Manguel en *Una historia de la lectura*. Precisamente en esta se evoca el antiguo debate sobre la relación del hombre con las letras. ¿Somos nosotros los que, según creían Euclides y Galeno, salimos a capturar las letras y su sentido o, como decían Epicuro y Aristóteles, son las letras las que vienen en busca de nuestros sentidos? Roger Bacon explicaba al Papa Clemente IV que las letras forman una pirámide visual que va desde la base del objeto contemplado al centro de la curvatura de la córnea del ojo humano.

Sea como sea, ahí están las letras ante nosotros. Se conmovía Rilke al pensar en las primeras palabras que, de acuerdo con el relato bíblico, pronunció el hombre. Antes de que eso ocurriera, las cosas «sistían», estaban simplemente yuxtapuestas, sin comunicación entre ellas. Al nombrarlas, fue el hombre llamándolas a «ex-sistir», a salir del aislamiento y a entrar en relación. Habrían de pasar muchos siglos hasta que se inventara el modo de fijar por escrito un mensaje. Si no me equivoco, los ejemplos más antiguos de escritura son dos tablillas de barro encontradas en Siria, en las que, cuatro mil años antes de Cristo, alguien, un mercader o un pastor, hizo una muesca y grabó dos figuras de animales, en una probable referencia

2. «A y O... O y A... para mostrar en el fin del discurso su comienzo y en su comienzo el fin».

3. «A y O, O y A, con cánticos y cítara bendigamos al Señor».

numérica de un rebaño. Vinieron más tarde, junto a otros sistemas gráficos, las letras «inventadas –lo decía Aristóteles– para que podamos conversar incluso con los ausentes»: con los que viven pero no están junto a nosotros; con los que ya han dejado este mundo.

Las letras vencen, pues, al tiempo y al espacio. Signos de sonidos y cifra de pensamientos y sentimientos, se abren en múltiples combinaciones como un abanico que, al tiempo que ensancha el arco, genera infinitos arcos concéntricos, configurando orbes nuevos. Hace pocos años, un ciudadano llamado Luigi Seraphini creó la enciclopedia de un mundo imaginario conjugando dibujos de cosas y seres inventados y glosas escritas en un idioma desconocido, con signos sin referencia cuyo significado ha de crear a su arbitrio como lector. Siendo, como es, su obra, el *Codex Seraphinicus*, un libro excitante y hermoso, pienso que nuestro alfabeto y el diccionario lo hacen superfluo. Sí, porque el viejo adagio de que «verba volant, scripta manent», literalmente planteado como oposición –mientras que a las palabras las lleva el viento, lo escrito permanece para argumentar y dar fe–, puede ser entendido también en un sentido de complementariedad: las palabras son escritas para poder hacerlas volar, esto es, para que lo *scriptum* se convierta en *verbum* y la letra no sea muerta sino ser vivo que, impulsado por el espíritu, ensancha en el vuelo su significación.

Paseando un día de agosto del año 386 por un jardín de Milán, oyó Aurelio Agustín una canción infantil cuyo insistente estribillo –«Tolle et lege», toma y lee– le desasosegó y vino a convertirse a lo largo de la historia en estímulo para el descubrimiento de los inagotables tesoros del verbo. Seducida por ellos –«la palabra es más poderosa que quien la usa», sentenció Víctor Hugo–, empeñó la Modernidad todo su afán en escrutar la palabra, asediándola por todos sus flancos para aprehender su magia. Octavio Paz revelaba los «Trabajos del poeta»:

A la palabra *torre* le abro un agujero en la frente. A la palabra *odio* la alimento con basuras durante años, hasta que estalla en una hermosa explosión purulenta, que infecta por un siglo el lenguaje. Mato de hambre al *amor*, para que devore lo que encuentre. A la *hermosura* le sale una joroba en la *u*. Y la palabra *talón*, al fin en libertad, aplasta cabezas con una alegría regular, mecánica [...]. Hay tantas combinaciones como gestos.

En una obrita de fines del XVIII titulada *Sénace* parodió Goethe las reuniones de una academia germana del tiempo: vocales, consonantes y dígrafos, cada uno por su lado, alzan una algarabía babélica. Para aquellas calendas ya había puesto orden la Real Academia Española en el léxico hispánico, fijando, con autoridades, los principales significados de las palabras. Nos equivocariamos si pensáramos que de ello resultó un catálogo entomológico. Basta comprobar la viveza con la que los primeros académicos hicieron el retrato del gallo. Tras una minuciosa descripción morfológica, añadieron:

Es mui salaz y luxurioso, por cuyo motivo basta un gallo para muchas gallinas, y no consiente a otro que llegue a ellas; antes lo defiende con reñida pelea. Huye el vencido del vencedor, y no osa cantar en su presencia; antes avergonzado y corrido se consume y seca...

A lo largo de casi tres siglos, sucesivas generaciones de académicos de la Española han oído la invitación, «Toma y lee», y han escrutado en una admirable labor callada el latido de las palabras. Los actuales miembros de la institución han glosado ahora en un «códex» personal, cada uno al pie de la letra de su sillón, las parcelas del cosmos maravilloso que en sus combinaciones compone el alfabeto.

«Para leer como es debido», dice Ralph Emerson, «hay que ser inventor». De ahí que muchas de estas glosas se muevan entre la realidad y la fantasía, la vigilia y el sueño. De la A a la Z, he aquí una guía para recorrer la geografía fantástica del orbe del alfabeto.

VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA